

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo Vizcaino y el valiente Manchego tuvieron.

Dexámos en la primera parte desta historia al valeroso Vizcaino y al famoso Don Quixote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirían y fenderían de arriba abaxo y abrirían como una grana da, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podría hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco, se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se

ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas: cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen: y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer, que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el qual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como *Desengaños de zelos*, y *Niñas y Pastores de Henáres*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estoviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me

traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas; y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestras, de monte en monte y de vallé en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de acha y capellina, ó algun descumunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de texado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mi no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia: aunque bien sé que si el Cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara fulto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con

atención la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, vile con caractéres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir: preguntéle que de que se reia, y respondiome que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion: díxele que me la dixese, y él sin dexar la risa dixo: está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra muger de toda la Man-*

cha: Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le di prisa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dixo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide-Hamete Benengeli historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí quando llegó á mis oídos el titulo del libro, y saltéandosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo le deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo,

le truxo á mi casa ; donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del mismo modo que aqui se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcaino , puestas en la mesma postura que la historia cuenta , levantadas las espadas , el uno rubierro de su rodela , el otro de la almohada , y la mula del Vizcaino tan al vivo que estaba mostrando , ser de alquiler á tiro de ballesta : tenia á los pies escrito el Vizcaino un titulo que decia : *Don Sancho de Azpeytia* , que sin duda debia de ser su nombre , y á los pies de Rocinante estaba otro que decia : *Don Quixote* : estaba Rocinante maravillosamente pintado , tan largo y tendido , tan atenuado y flaco , con tanto espinazo , tan ético confirmado , que mostraba bien al descubierto con quanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante : junto á él estaba Sancho Panza , que tenia del cabestro á su asno á los pies del qual estaba otro rétilo que decia : *Sancho Zancas* , y debia de ser que tenia , á lo que mostraba la pintura , la barriga grande , el talle corto , y las zancas largas , y por esto se le debió de poner nombre de Panza , y de Zancas , que con estos dos

sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir ; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia , que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad , no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo , siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos , aunque por ser tan nuestros enemigos , ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado : y así me parece á mí , pues quando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero , parece que de industria las pasa en silencio : cosa mal hecha y peor pensada , habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales , verdaderos , y no nada apasionados , y que ni el interés ni el miedo , el rancor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad , cuya madre es la historia , émula del tiempo , depósito de las acciones , testigo de lo pasado , exemplo y aviso de lo presente , advertencia de lo por venir. En esta se que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible , y si algo bueno en ella faltare , para

mi tengo que fué por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba desta manera: *up, sin el al ab nozales abab*

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes; no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico Vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsela la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Man-

chego, viéndose parar de aquella manera. No se diga mas sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos; y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza; que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el una montaña comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos torcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dixo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza: estaba el Vizcaino tan turbado que no podía responder palabra, y el lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran

con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero: á lo qual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al Lugar del Toboso, y presentarse de mi parte, ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado: pues en fe de esa palabra, yo no le haré mas daño, y puesto que me lo temia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mo-

zos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quixote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna Insula de donde le hiciese Gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante del, y asiéndole de la mano se la besó y le dixo: sea Vuestra Merced servido, señor Don Quixote mio, de darme el gobierno de la Insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado Insulas en el mundo. Á lo qual respondió Don Quixote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta semejantes no son aventuras de Insulas sino de encrucijadas, en las quales no se gana otra cosa que sacar fora la cabeza, ó una oreja ménos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradeciésole mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante,

y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hizolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: páreceme, señor que seria acertado irnos á retraer á alguna Iglesia, que según quedó mal trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad, y nos prendan: y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has visto tú ó leído jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, lamigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las ma-

nos de los Caldeos, quanto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descuberto de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que Vuestra Merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á Vuestra Merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traygo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quixote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorran tiempo y medicinas. ¿Que redoma, y que bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de

ferida alguna: y así, quando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vierés que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sptileza, ántes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encaxallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del balmamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que Vuestra Merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mi tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacerle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mi, replicó Sancho ¿pues á que aguarda Vuestra Merced á hacerle y á enseñarme? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos

pienso enseñarte, y mayores mercedes hacer: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y un güento; mas quando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo dixo: yo hago juramento al criador de todas las cosas, y á los santos quatro Evangelios, dónde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: advierta Vuestra Merced, señor Don Quixote, que si el caballero cumplió lo que se le dexó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena sino comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien respondió Don Quixote, y así anulo el juramento, en quanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole,

y confirmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero: y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo Vuestra Merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿que hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que Vuestra Merced quiere revalidar ahora? mire Vuestra Merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso, dixo Don Quixote, porque no habrémos estado dos horas por estas encrucija-

das, quando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa Ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltare Ínsula, ahí está el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como Vuestra Merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hu-

bieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se dexa entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdoneme Vuestra Merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para Vuestra Merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quixote, que

sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojara aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subiéron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormir la alcaideza descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer porque los cabreros los quitáron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezáron con mucha priesa su rústica mesa, y convidáron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quixote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revers le pusieron. Sentóse Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dixo: porque veas, San-

cho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y quan á pique están los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dixo Sancho, pero sé decir á Vuestra Merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que Vuestra Merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de Vuestra Merced, con-

viértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza: y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donayre y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendiéron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifesto. Despues que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hier-

ro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzáron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y es-

pacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleytar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretexidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaxe aun no se había sentado en el entendimiento del juez, por-

que entónces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion naciese de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios ó por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los húrfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalásteis, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudie-

ra muy bien excusar) dixo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron, le truxéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote que en acabarse la cena, al fin de la qual uno de los cabreros dixo: para que con mas veras pueda Vuestra Merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y conțento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el qual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondió que sí. El que habia hecho los ofreci-

mientos le dixo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hemosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el Beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

*Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amorios.*

*Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.*

*Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.*

*Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.*

*Abalanzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.*

*Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser qual imagino.*

*Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.*

*Porque, si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.*

*Como el amor y la gala
andan un mesmo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.*

*Dexo el baylar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.*

No cuento las alabanzas

*que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.*

*Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dixo:
tal piensa que adora un Ángel,
y viene á adorar á un ximio.*

*Merced á los muchos dizes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras
que engañan al amor mismo.*

*Desmentila, y enojóse,
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.*

*No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.*

*Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo,
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.*

*Donde no, desde aqui juro
por el santo mas bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.*

Con esto dió el cabrero fin á su canto,
y aunque Don Quixote le rogó que algo

mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oír canciones. Y así dixo á su amor: bien puede Vuestra Merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo esto ³ seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: sabéis lo que pasa en el Lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dixo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los Abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo qual

responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dexó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dexaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mesmo, respondiéron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mía, sino á que no me dexa andar el garrancho que el otro día me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese que muerto era aquel, y que pastora aquella. Á lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años

en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto á su Lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimesmo adivinaba quando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dixo Don Quixote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada, el que viene será de guilla de aceyte, los tres siguientes no se cogera gota. Esa ciencia se llama *Astrologia*, dixo Don Quixote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente no pasáron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneció vestido de pastor con su ganado y pellico,

habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Quando los del Lugar viéron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendición. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de trage no había sido por otra cosa que por andarse por

estos despoblados empos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró de nantes, de la qual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replico Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dixé; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aque-

lla cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué, que quando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen christiano, aunque quisiera casarla luego,

así como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería, que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dexaba el tio de im-

portunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hétele aquí, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del Lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierta, no os sabré buenamente decir quantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el tragé de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los quales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del qual decian que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá ala-

bar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseó. Que puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirle y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á terminos de desesperarse, y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuviédes, señor, algun dia, veria des resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aqui un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela

la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Qual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embobecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana: y qual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadada siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena; envia sus quejas al piadoso Cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destes, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dixo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dexéis de halláros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde

manda enterrarse media legua. En cuidando me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. O! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dixese: y por ahora bien será que os vais á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo mas de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

*Donde se da fin al cuento de la pastora
Marcela con otros sucesos.*

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fueron á despertar á Don Quixote, y á decirle si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegandose á juntar, se saludaron cortesmen-

te, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dixo: pareceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de quatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dixo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste trage, les habian preguntado la ocasion por que iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado. Cesó esta plática, y comen-

zóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote, que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo qual respondió Don Quixote: la profesion de mi exercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyéron esto, quando todos le tuvieron por loco, y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que que querría decir caballeros andantes. No han vuestras Mercedes leido, respondió Don Quixote, los anales é historias de Ingalaterra donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reynar, y á cobrar su reyno y cetro: á cuya

causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun Ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen Rey fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasáron sin faltar un punto los amores, que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quinafona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote,
quando de Bretaña vino,*

con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónçes, de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fuéron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicámos oímos al invencible y valeroso caballero

Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la órden de su caballería, en la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profesó yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo qual recibieron la mesma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dixo: paréceme, señor caballero andante, que Vuestra Merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mi que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió

nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas: no debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios, favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco,

que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasáron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subiéron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por que de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subiéron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos; y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante: pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que quando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada christiano está obligado á hacer en peligros semejantes; ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quixote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese:

que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente; como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dicentes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dexar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas: y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene también, que á no tenserse á las crines del suyo, no pudiera dexar de

venir al suelo: y no sé yo como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debía y estaba obligado como christiano: quanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quixote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladrón. Con todo eso, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. Á lo

qual respondió nuestro Don Quixote: señor, una golondrina sola no hace verano: quanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer á todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la qual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede creer que Vuestra Merced lo es, pues es de la profesion: y si es que Vuestra Merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como Vuestra Merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quixote, y dixo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto

comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de princesa, pues es reyna y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo. A lo qual respondió Don Quixote: no es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursinos, ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, y Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla: Alencas-

tros, Pallas, y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las nueva que estar no pueda con Roldán á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote: Solo Sancho Panza pensaba que quanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal Princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, quando vieron

que por la quiebra que dos altas montañas hacian, baxaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que á lo que despues pareció eran qual de texo, y qual de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se diéron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y quatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibieronse los unos y los otros cortemente, y luego Don Quixote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas viéron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados: y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura,

y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio: hasta que uno de los que al muerto truxéron dixo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, ya que queris que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento: Este es, respondió Ambrosio: que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dixo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdenar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma en quien el Cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnifico sin tasa, grave

sin presunción, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adoró, fué desdenado, rogó á una fiera, importuno á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitude, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la qual dió fin un pastor, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cum-

plais como indiscreto: antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes desdichaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia se puede sacar quanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, y que en la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Ahoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y así de curiosidad y de lástima dexamos nuestro derecho viage, y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïlo, y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplicó de mi parte, que dexando de abrazar estos papeles, me dexes llevar algunos

dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban: viendo lo qual Ambrosio dixo: por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por titulo: *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio y dixo: ese es el último papel que escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardará en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mesmo desseo, se le pusiéron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los verdosos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ta que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,

Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desseo que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz ira el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, y el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:

Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del envidado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,